XIX

La maceta.

Tres años han pasado.

Durante ellos, la anciana Cecilia ha ido descendiendo al sepulcro, atormentada por la pena de ver á Margarita desgraciada para siempre.

Nada habia podido rehabilitarla á los ojos de aquellos aldeanos, honrados é inflexibles: es verdad que ella tampoco hacia grandes esfuerzos para conseguirlo.

Vivia tranquila en la apariencia, pero estaba pálida: habíanse hundido sus grandes ojos azules, y su boca, antes tan fresca y risueña, se habia entristecido, y ya no sabia reir.

Era una flor que se habia agostado sin acabar de abrirse.

Todas las tardes, antes de ponerse el sol, salia de la alquería é iba á sentarse enfrente del castillo: allí, con la mirada fija y los ojos secos, recordaba todas la palabras que habia oido de los labios de Enrique; aun le parecia que sonaban en sus oidos.

Aquel jóven habia heredado de su madre un

título poderoso é inmensas riquezas, y vivia en Madrid con su esposa, que ya le habia dado dos hijos.

Margarita nada de esto sabia: solo veia el castillo cerrado y solitario, y cada tarde iba á empaparse en sus fatales recuerdos á la vista de sus sombríos muros.

Los que no hayan padecido uno de esos sordos martirios del corazon, no pueden comprenderme, inútil será que les diga cómo viven los recuerdos y cómo el corazon los aumenta y los empapa de amargura; pero aquellos que hayan visto hundirse en un abismo sin fondo todas sus esperanzas y convertirse en una corona de espinas la corona de luz con que soñaron, comprenderán bien los tormentos que devoraban el corazon de Margarita.

Cuando las primeras sombras de la noche se extendian por las cimas de los montes y por las altas torres del castillo, la desdichada veia surgir de entre las tinieblas el pálido fantasma de su padre, ensangrentado y cadavérico, que le gritaba:

—¡Parricida!

Entonces Margarita caia de rodillas, extendiendo las manos, y pedia perdon á gritos.

Los aldeanos que pasaban por junto á ella, acostumbrados ya á aquellos parasismos de dolor, se encogian de hombros, y se decian unos á otros:

—Dios la ha castigado: está loca.

Luego se alejaban sin mirarla siquiera.

Algunas veces se prolongaban los comentarios de este modo:

—Lo peor es que está matando á su pobre abuela.

—Sí que se muere: ha perdido mucho.

—¡Infeliz madre Cecilia! ella, tan honrada y tan buena, no puede soportar la perdicion de su nieta.

La anciana habia sido muchas veces testigo invisible de estas conversaciones, porque siempre que sus fuerzas se lo consentian, seguia á su hija para recogerla en sus brazos en medio del extravío de su dolor.

Entre tanto que Cecilia y Margarita morian lentamente, Inés vivia con la esperanza en el corazon: tres años llevaba de esperarlo todo de la bondad de Dios, y este espacio de tiempo no habia debilitado su fé, ni alterado la paz de su alma angelical.

Su belleza se habia hecho más grave y reflexiva; reinaba en su vida esa igualdad que todas las personas buenas imprimen en la suya, porque el cumplimiento del deber es siempre el mismo; y cada mañana al abrir los ojos, y cada noche al cerrarlos al sueño, mezclaba en sus oraciones el nombre de Miguel.

Levantábase con el alba, y hacia el almuerzo para toda la familia: luego limpiaba toda

la casa, y salia al jardin á recibir del tio Melchor la verdura para el dia.

Despues de haber terminado todos los quehaceres domésticos, iba al molino para ver si se le ofrecia algo al padre de Miguel.

Encontraba al anciano Antonio sombrío y meditabundo: mas al ver aquella linda jóven, tranquila si no risueña, una sonrisa venia á iluminar sus facciones como ilumina un rayo de sol un cielo tempestuoso.

Inés poseia un recuerdo inapreciable, ó más bien una joya, que no hubiera dado por todos los tesoros de la tierra: su maceta encarnada, en la cual habia plantado Miguel, el dia antes de su partida, una mata de sándalo.

No bien volvió Antonio de la ciudad despues de haber dejado á su hijo incorporado á su regimiento y en marcha para Cataluña, se encontró á Inés: la pobre niña habia ido á esperarle al camino, y le aguardaba llorando silenciosamente.

Así que le divisó, corrió á él y le preguntó con tristeza:

—¿Marchó?

—¡Marchó! respondió lacónicamente el pobre padre con un profundo suspiro.

Inés rompió á llorar de nuevo, y Antonio pasó su callosa mano por sus ojos humedecidos.

Luego dijo á Inés:

—Vamos, hija, basta de llorar: ahora conviene más rezar, para que la Vírgen le libre de todo mal: vamos, ven á mi casa, que te guardo una cosa.

Inés siguió al buen hombre hasta el molino: entraron en la habitacion, y Antonio sacó de debajo de la mesa una maceta de barro encarnado, en cuyo centro, y resaltando sobre la oscura y húmeda tierra, se veia una ramita verde.

Arrodillóse la jóven, y besó la planta con profunda gratitud.

Luego tomó la maceta en sus brazos, se despidió de Antonio y echó á correr hácia la alquería, como un avaro que se lleva su tesoro.

Colocó la maceta en el antepecho de su ventana, y la cuidó con increible amor.

Cada mañana, su primera mirada era para la maceta: y cuando iba á casa del molinero, su saludo era el siguiente:

—¡Ah, señor Antonio, qué hermosa está la maceta!

Estas palabras eran las que arrancaban la primera sonrisa del anciano; y en aquella sonrisa se encerraba un mundo de esperanzas para Inés.

La jóven cuidaba á Antonio con fiel solicitud: cuando se iba, le dejaba mullido el lecho, arreglada la comida, y hasta cubierta la mesa: lavaba y componia su ropa con esmero, y tantas y tan delicadas atenciones le guardaba, que cuando en las tardes de los domingos ó al salir

de misa mayor preguntaban al anciano sus amigos que quién le cuidaba, contestaba éste con orgullo:

—Mi hija Inés.

—Pero ¿es la novia de Miguel? ¿no se iba á casar con su prima?

—No sé con quién se casará, respondia Antonio; solo sé que Inés es una hija para mí.

Algunas veces, y para probar á la jóven, solia decir á ésta el molinero:

—¿Y si Miguel se empeñase á su vuelta en casarse con tu prima?

Inés permanecia un rato silenciosa, y luego contestaba dejando correr una lágrima por sus mejillas:

—Tendria paciencia, y siempre me quedaria mi maceta.

—¡Y siempre serías mi hija! añadia el buen hombre, abrazándola.

Inés volvia á la alquería para cuidar de su abuela y de su prima: la pobre anciana se demacraba cada dia más: tosía de un modo que daba pena oirla, y pasaba largas horas encerrada en el cuarto en que habia vivido su hija, y que su yerno habia cuidado con tanto esmero mientras vivió.

Varias veces le ocurrió á Inés mirar por la ventana, y la vió arrodillada y rezando con las manos cruzadas sobre el pecho.

Así pasaron tres años: durante ellos se recibieron algunas cartas de Miguel: decia en ellas que estaba bueno y contento: encargaba á su padre que se cuidase mucho: daba expresiones para la señora Cecilia y Margarita, y siempre al final recomendaba á Inés que no olvidase la maceta.

Pero la bolsita de seda, que guardaba la ya seca rama de sándalo, prenda de sus desposorio con Margarita, no venia.

Antonio abria las cartas con precipitacion, y como ansioso de hallar en el fondo alguna cosa muy esperada; pero en el fondo no habia mas que letras: nada más.

Tres veces, durante los tres años, escribió á Inés: sus cartas decian lo mismo que las de su padre: Inés le contestaba por medio del excelente Párroco, que se prestaba sonriendo á sus tareas de lector y amanuense.

Un dia fué Inés á la parroquia, y le dijo al señor Rector con el rostro encarnado y los ojos bajos:

—Señor Rector, quisiera escribir á Miguel.

—Ahora mismo, hija, repuso el Sacerdote: ya sabes, Inés, que te estimo mucho, porque eres hija ejemplar y jóven honrada, y que estimo tambien á Miguel por sus bellas prendas.

—Ya lo sé, señor.

—Y has de saber que tendria el mayor placer en echaros las bendiciones.

—Gracias, señor Rector.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—Pero vamos, hija, dicta, que te estoy entreteniendo y tendrás que hacer.

El Párroco se sentó junto á una mesita, y tomó la pluma: aunque dotado de una ilustracion poco comun, queria dejar á la correspondencia de los dos jóvenes esa sencillez que le divertia mucho, y que debia satisfacer más los corazones de entrambos que las más limadas frases.

Inés empezó así:

«Estimado Miguel: me alegraré que estas líneas te hallen con buena salud: la de tu padre está fuerte, la mia tambien; ¡pero á mi pobre abuela la veo morir, y esto me dá mucha pena!»

Detúvose Inés, y enjugó con su delantal las lágrimas que corrian por sus mejillas.

—Vamos, hija mia, esperanza en Dios, dijo el Párroco con dulzura.

Inés prosiguió con voz conmovida:

«Margarita está cada vez más trastornada y triste: sus penas no la dejan vér las de mi abuela; pero ésta ve demasiado las de Margarita, y esto la mata»!...

Nuevas lágrimas acudieron á los ojos de Inés, y el Párroco, por esta vez esperó en silencio á que pudiese continuar la jóven, pues él tambien se hallaba muy conmovido.

La pobre Inés continuó así:

«A casa no viene nadie, á no ser el señor Rector que acompaña frecuentemente á mi abuela, y la consuela con sus santas palabras: por lo demás, nos estamos solas mi abuela y yo, porque Margarita pasa su vida en los alrededores del castillo.»

«Sabrás, Miguel, que aunque todos nuestros amigos han dejado de venir á casa, desde nuestras desgracias, á mí todos me detienen cuando voy á misa ó á la fuente, y me hablan con agrado; y el domingo pasado que fué ayer, vino por la noche Andrés, el hijo del señor Pedro el Rico; y delante de mi abuela y de Margarita, me dijo que se queria casar conmigo, y que sí yo consentia, vendria su padre al dia siguiente por la mañana, y extenderíamos los contratos, en los cuales, y por escritura, me dotarian en ochocientos duros y dos pares de mulas de labor, que valen cada una siete onzas de oro: á mi abuela se la alegró toda la cara y me dijo que ella, por su parte, me dotaba en seiscientos duros, con el huerto de los frutales y con el olivar grande, amen de la cama y el menaje de la casa; pero yo respondí, agradeciendo á Andrés sus favores igualmente que á su padre, y le dije que por ahora no pensaba casarme, porque queria cuidar á mi abuela.»

«Esta mañana, cuando se lo conté todo á tu padre, me abrazó casi llorando, y me dijo: ¡Dios te bendiga, hija mia!»

«Y esto no te lo cuento por vanidad, Miguel; sino porque tú me dejaste encargado que

te diese parte si alguno me pretendia para casarse conmigo: que yo, por mí, nunca hubiera pensado en decirtelo»

«La maceta está buena y muy hermosa: ha crecido tanto como una criatura bien cuidada, y cuando pasan las vecinas y la ven en la ventana de mi cuarto, se paran á mirarla con envidia y se dicen unas á otras:

—«¿A quién dará Inés la rama de sándalo, cuando la alumbre la luna?»

«Yo rezo por tí, como te lo ofrecí: todas las mañanas me siento junto á la ventana, y rezo mirando al sándalo, y todas las noches hago lo mismo.»

«Por las tardes, cuando me pongo á coser, me siento tambien junto á la ventana, y entonces me viene á la memoria esta copla:

Ojos que le visteis ir
Por aquellos olivares,
¿Cuándo le vereis volver
Para alivio de mis males?»

«Quédate con Dios, Miguel: recibe expresiones de mi abuela y de Margarita, y el fino afecto de

Inés.»

Cuando la jóven volvió á su casa, despues de escrita esta carta y de dirigirla á su destino, subió al cuarto de su abuela segun acostumbraba y la encontró tendida en el lecho, inmóvil y casi helada.

Inés envió á uno de los mozos de labor, montado en una mula, á buscar al médico de la aldea, y al señor Rector, que no tardaron en llegar.

—Es una luz que se apaga, dijo el médico al Sacerdote: usted solo, señor Cura, tiene que hacer aquí: yo diré á Inés que vuelvo, pero es inútilmi presencia

Salió el médico, y dos horas despues, la señora Cecilia habia entrado en la agonía.

¡Pobre madre, cuya vida habia sido tan santa, tan ejemplar! ¡cuya muerte era un largoy doloroso martirio!